



Carta abierta a la Congregación

Queridos hermanos,

Del 2 al 27 de Julio de 2019, nuestra congregación ha organizado un encuentro de formación permanente sin precedentes, con la presencia de 30 religiosos provenientes de distintos países: una peregrinación a Tierra Santa siguiendo los pasos del Fundador (8-24 de julio), con una preparación previa en la Casa General (2-7 de julio) y concluyendo con la visita a los lugares dohonianos en Roma (25-27 de Julio). La idea de esta peregrinación, como momento de formación para un grupo de religiosos dehonianos, nació en el gobierno de Mons. Heiner Wilmer, ex superior general. Nuestro grupo estaba conformado principalmente de hermanos que participaron en el curso de formadores del último año en Roma y de una decena de otros hermanos de diversas entidades de la congregación. Después del período de preparación, durante diecisiete días hemos viajado a través de varias regiones de Tierra Santa, iniciando con la experiencia en el desierto del Néguev, en el cual Dios se ha revelado a Abraham y a los patriarcas, y siguiendo con las visitas a los lugares santos que han acogido la manifestación del Salvador: Belém, Nazareth, Tiberiades; Jerusalén y distintos lugares adyacentes. En estos lugares hemos contemplado el misterio de la Encarnación, de la vida apostólica, de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Hemos recorrido caminando muchos tramos, tocando con nuestros pies la tierra tocada por los pies del Señor. Guiados por nuestros hermanos P. José Zeferino Policarpo Ferreira (POR), P. Sergio Rottasperti (GER) y Ricardo Freire de Oliveira (POR), hemos tenido la oportunidad de profundizar en los escritos de nuestro fundador durante su viaje a Tierra Santa; en efecto, el tema de la peregrinación ha sido “En el Corazón

de Jesús con el Corazón de Dehon” y nos ha ayudado a hacer una profunda experiencia de fe, evidenciando que el camino de Jesús es nuestro camino (Cfr. Cst. 12).

Contar todo aquello que hemos vivido durante esta peregrinación en Tierra Santa es como escribir un trozo del evangelio. Los lugares visitados y la experiencia vivida con conmoción y alegría nos inducen a creer que aquellos lugares son bendecidos por Dios Padre. Inolvidable el camino que iniciamos en el desierto antes de la aurora, releer el relato de la creación, la experiencia de la cercanía de Dios, la misa celebrada en la altura, la fuente de agua de Ein Avdat y la experiencia de Agar que introdujo una pregunta que acompañó todo nuestro recorrido: “¿Qué haces aquí?”. Luego nos dirigimos hacia Belén, donde “el Verbo se hizo carne” (Jn 1, 14): la contemplación del misterio de la encarnación y del lugar del nacimiento, la misa celebrada en la gruta de San Jerónimo, la adoración en la capilla de las hermanas adoratrices y la visita al hospital pediátrico (Caritas Baby Hospital) donde Dios se nos mostró en el rostro de los pequeños y de sus padres, allí hemos visto la fragilidad de un Dios que se hace cercano a los sufrimientos. Nazareth nos ha llamado al *Ecce ancilla*, querido por nuestro fundador: La oración del *Ángelus* junto a los franciscanos en la basílica y la procesión con las antorchas animada por algunos de nosotros nos ha fortalecido. En los días que transcurrieron en Galilea, subimos al Monte Tabor y al Monte de las Bienaventuranzas, hemos vivido un momento de oración y silencio en Tabgha, lugar de la multiplicación de los panes de los peces. El Lago de Tiberiades aquella tarde sobre la barca nos ha llamado nuevamente a lanzar las redes, confiar en Jesús, acercarnos a él en el momento de tormentas de nuestra vida. La ermita en el Jardín de los Olivos, un maravilloso lugar de meditación, nos hizo redescubrir la oración: mientras Jesús en Getsemaní rezaba intensamente, nosotros también, en el silencio de esa tarde, nos abandonamos a Él. El *Shabat* nos invitó a entrar, ese viernes por la noche, en el barrio judío e ir a rezar también nosotros al muro: hemos visto cómo rezan los hebreos, sus gestos, sus oraciones y canciones, su forma de vestirse. El último día, el encuentro con el Resucitado en Emaús ocurrió también para nosotros; allí conocimos la Comunidad de Consagrados de Las Bienaventuranzas, quienes custodian el lugar.

Nuestro recorrido fue particularmente guiado e iluminado por los textos del Padre Dehon, especialmente de lo que escribió sobre sus peregrinaciones a Tierra Santa. Hemos leído los textos en los que el Fundador se refiere a cada lugar donde fuimos. Intentamos captar sus sentimientos e impresiones, como escribió en su diario sobre el viaje a Tierra Santa en 1865: “He recibido en estos lugares profundas impresiones que siempre me han ayudado siempre a la contemplación” (NHV 4/1). Nos sorprendió la profundidad de sus meditaciones y su conocimiento histórico y arqueológico de los lugares, casi siempre con gran precisión. Desde el punto de vista espiritual, los textos del Padre Dehon nos hicieron sentir más intensamente el amor del Corazón de Jesús que culmina en la cruz, cuando nos encontramos en la Basílica del Santo Sepulcro, lugar predilecto para muchos peregrinos de varias partes del mundo que quieren ir al núcleo de la fe cristiana, de hecho, según el Padre Dehon, el edificio ofrece el mayor recuerdo del amor del Señor: “Será necesario regresar

allí a menudo, rezar, reflexionar, comulgar, participar en el sacrificio para gustar las gracias en este santuario; toda la vida, el recuerdo de los lugares santos ayudará a contemplar los misterios de nuestra salvación "(NHV 3/171). Siguiendo el consejo del Fundador, en los cinco días que pasamos en Jerusalén intentamos regresar a menudo a la Basílica para revivir lo que el Padre Dehon ya había escuchado, a saber, las bendiciones que fluyen del Sagrado Corazón de Jesús. De tal manera el corazón del Fundador nos animó a vivir físicamente y sobre todo espiritualmente la visita de esos lugares.

Debemos decir que la peregrinación a Tierra Santa en el seguimiento de Cristo siguiendo los pasos del Padre Dehon nos ha hecho redescubrir las raíces cristianas y el rol profético de la Iglesia en este contexto Israel-palestino gracias al notable aporte de los frailes franciscanos y algunos religiosos que trabajan en colaboración con el obispo administrador apostólico de Jerusalén, Mons. Pierbattista Pizzaballa, en un espíritu de diálogo ecuménico con las otras iglesias cristianas. El contacto con esta realidad nos permitió comprender cómo los cristianos tratan de responder al llamado de Dios en estos lugares sagrados y cómo mantienen la llama de la esperanza en un ambiente a menudo hostil, esta "pequeña esperanza" que Charles Peguy recordaba tan bien y que les recuerda las palabras del Señor: "no tengas miedo, estoy contigo todos los días hasta el fin del mundo". Las reuniones con el obispo de Jerusalén, con el fraile Francesco Patton, custodio franciscano de Tierra Santa, y con algunos religiosos que están allí, como el fraile Diego Della Gassa, superior de la comunidad franciscana de la ermita en Jerusalén, nos ayudaron a descubrir cómo este pueblo vive las alegrías y las esperanzas, los dolores y las fatigas, siempre en una situación de conflicto, como seguidores de Cristo. Hemos encontrado una Iglesia cuya esperanza no es superficial ni utópica, sino realista. De hecho, en las estadísticas, los cristianos en Tierra Santa son una minoría, un poco más del 1% de la población. Pero a través de sus acciones humanitarias, los cristianos responden de la mejor manera y más visible a la interpelación del Papa Benedicto XVI al hablar de una "minoría creativa"; bajo la acción del Espíritu Santo y en su vida de oración, buscan restablecer la confianza de este pueblo para ganar su confianza; siendo pocos, viven su fe de una manera original a través de una coherencia y un testimonio de vida y a través del don de sí mismos por el amor de Cristo. Sostenemos que la presencia cristiana en Tierra Santa nos ha llevado a creer que el cristianismo todavía está vivo.

Nuestra peregrinación a Tierra Santa también nos ha puesto en contacto con un contexto social y religioso que toca dos realidades: Israel y Palestina. Es un contexto marcado por una mayoría de árabes musulmanes (Palestina) o hebreos (Israel) y una minoría de cristianos. Hemos visto expresiones de diferencias y expresiones de colaboración en este contexto plural desde el punto de vista social y religioso. Las diferencias se sienten en la organización de barrios separados, en los diferentes momentos y rituales de oración, en un clima de tensión silenciosa debido a la falta de confianza mutua. Sin embargo, estas diferencias nos pusieron en contacto con un universo cultural y religioso diferente y nos desafiaron a una comprensión más amplia de esta realidad. Por otro

lado, hemos visto la experiencia de cooperación entre cristianos, musulmanes y judíos, como en el servicio del hospital infantil en Belén o en el ministerio pastoral y educativo en Jericó, que para nosotros se presentan como un signo de un posible diálogo de paz y para el bien de los hombres, sin importar la denominación religiosa. Incluso a nivel personal, hemos vivido la experiencia de la indiferencia y casi el desprecio en los lugares de oración de otras religiones y en los atajos de Jerusalén, como la experiencia de dar la bienvenida a aquellos que nos vieron como turistas con quienes hacer comercio y negocios. Retomando las palabras de fray Mario Hadchity, custodio de la comunidad franciscana en Jericó, podemos decir que la desconfianza mutua conduce a la separación, en cambio, las iniciativas de diálogo en el campo social y pastoral interreligioso emergen como un signo de esperanza y de futuro.

Ciertamente, de esta peregrinación a Tierra Santa, hemos recibido muchos frutos para nuestra vida personal y nuestra experiencia de fe. Alguno decía que Tierra Santa es el quinto evangelio, es mirar con nuestros ojos y tocar con nuestras manos los lugares donde ocurrieron los eventos fundantes de nuestra fe cristiana, lo que nos permite releer nuestra propia experiencia con Cristo. Sin embargo, al ser una peregrinación dehoniana, siguiendo los pasos del Padre Dehon, seguramente hay frutos a recibir como Congregación en este viaje. Nos hicimos muchas preguntas sobre el papel de la Tierra Santa para nuestro Fundador, que siempre quiso contar con una presencia de la Congregación, que a menudo nos invitaba a regresar a Nazaret o Betania para aprender a ser la familia de Jesús, los amigos de Jesús. ¿No es este el momento de profundizar en lo que quería decir el padre Dehon? ¿No es necesario preguntarnos sobre la importancia de proponer esta experiencia a otros religiosos dehonianos? Por lo que hemos experimentado, nos parece claro que la espiritualidad del “*Recordatio mysteriorum*”, de la unión con los misterios de la vida de Jesús, propuesta por nuestro Fundador, se vive plenamente solo si tenemos la oportunidad de profundizar nuestro encuentro con el Corazón de Jesús allá donde la Palabra de Dios levantó su tienda, donde este Corazón Divino fue abierto por la lanza, allá donde él resucita para darnos vida en plenitud: la Tierra Santa.

Al final de nuestra peregrinación, queremos agradecer a la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús que nos ofreció este programa de formación permanente. Agradecemos a los superiores de nuestras entidades que nos han permitido y animado a vivir esta experiencia. Agradecemos a los organizadores y colaboradores que prepararon y dirigieron todo con celo y solicitud. Es cierto que ya hemos concluido nuestra peregrinación a Tierra Santa, pero sentimos que nuestra verdadera peregrinación aún no se ha completado; de hecho, acabamos de comenzarla: es en la misión encomendada a cada uno de nosotros que queremos continuar nuestra peregrinación, “en el Corazón de Jesús con el corazón de Dehon”, para caminar siempre en Su camino, que también es el nuestro.

Roma, 27 de julio de 2019

Grupo de peregrinos dehonianos en Tierra Santa